

aquel vulnerable fielato, el refugio *pecatorum* y el brasero y el faro de la política.

¡Y era tan bueno estar, para los de *mando*, en aquel rinconcito íntimo! ¡Se tomaba tan bien el sol y el polvo en aquel nidito de pajas! Era tan dulce, tan atractivo ver maniobrar al del pincho, y oírle preguntar con aquel cariño: *¿No va nada de pago, señores?* ¡y oír el cantar de los cuartos que iban cayendo en el cajón como el rumor de agua fresca, al compás de la guitarra de aquel mozo solitario! Había tanta poesía práctica en aquel techo de cañas, que la vida, y diez vidas, y veinte vidas largas las hubieran pasado ensoñadores, á la puerta del castillo, á no ser por aquel despertar de aquel cambio del *turno*.

Allí, sentados á la sombrita de aquellas ramas de pino, miraban pasar á los vasallos, ¡y los vasallos pasaban! los que pagan, los que no se quejan, los humildes, los pobres, y saludaban con bondadoso «Queden con Dios» á aquellos feudales de la barraca; y Dios no estaba allí, no estaba allí Dios nunca, y los que allí estaban eran los fariseos, que parecían ir diciendo: «Vamos entrando, rebaño; entrad, hijitos nuestros; entrad y tened cuidado con la salida. Lo que os conviene y nos conviene es que entréis, que entréis siempre, y que os dure años, que os dure siempre la Santa Paciencia.»

LOS TEMPLAOS

La pandilla de los «templaos» era una sociedad anónima, constituida sin estatutos, sin domicilio social, sin derechos y sin deberes, con el único y exclusivo objeto y fin de dar expansión á la *comarca*.

Era la pandilla de la broma.

Eran los compañeros bromistas, los del trueno, los del rayo de Dios, los *corridos*, los que protestaban de la morigeración sistemática, los que querían romper los moldes, los que querían romper loza, romper lo que pudiesen; romperlo todo, por vía y sistema de broma.

Era Presidente el Berro, y Secretario el Vianda.

El Berro había alcanzado el cargo por su gran fuerza de músculos, y el Vianda por la resistencia digeridora.

Bruto como el Berro, en el mal sentido de la palabra, no había otro en todo el llano; comedor

como el Vianda, ni en el llano ni en la montaña. El Berro había hecho cosas portentosas: había dormido veinticuatro horas con un saco de harina encima; había desenganchado dos mulas, y él solo había hecho el oficio de las dos; había cogido á un hombre con dos dedos y le había tirado por un balcón para ganar una apuesta, sin que el hombre tirado se rompiese más que dos costillas; como Sansón, y sin cabellos, también había arrancado unas puertas, y había hecho más que Sansón, las había puesto en su casa, arrancando las que tenía, que eran un poco más viejas; había cogido la mesa de billar (y eso que era la de *El Pensil*), y la había vuelto del revés, dejándola patas al aire lo mismo que una tortuga; y así como no era dado al trabajo, si le hubiese dado por trabajar, Dios sabe lo que hubiera hecho. Pero el Vianda había hecho más que el Berro: el Vianda se había comido una llueca con los pollos; se había almorzado dos lechoncillos que ya empezaban á ir á la escuela; se había merendado, por un *puntillo*, un pan de seis libras y con corteza, y mojado con un capón y alguna otra friolera; se había cenado por gusto un barreño de arroz, y otras cosas habría hecho á haber tenido más alimentos. Y no es que el uno hiciese fuerzas por fuerza, ni el otro comiese por tener hambre: era por *sport*, por capricho, por gusto, por afición, y por eso los habían hecho de la Junta de la Partida de los templaos, porque eran los más de broma.

Ya se ve, con este personal al *frente*, si podían hacer buenas cosas, y si las harían.

¿Dónde se reunían para bromear? En cualquier sitio, y por todas partes, pero generalmente en la taberna. En encontrándose el Presidente y el Secretario con dos socios reunidos, ya tenían junta; en estando media docena, junta y broma; y en estando todos, ¡ay!... en estando todos, ya podía temblar el vecindario, y el sereno, y el Ayuntamiento, y todas las clases pasivas.

En estando todos, el primer paso era siempre beber; pero callados; después beber más, y callados siempre; después traguito; después escarchado, un poco de aguardiente, mucho vino, y quietud, siempre quietud para no descomponer la junta.

A veces salían de noche, y ya empezaba la junta en la taberna. Bien serios, junto al mostrador en sesión muda, de aquel silencio solemne, surgía un solemne puñetazo. El Berro rompía el fuego, nadie se reía, ni los socios ni el cafetero. Era el toque para empezar, y de aquel toque preparatorio ya salía el mostrador maltrecho, dos copas rotas, un estanque de vino y el paisaje submarino del aguardiente escarchado, incrustado en la chaqueta del amo, con el azúcar piedra por encima.

Ya había comenzado el fuego. ¡El Berro estaba de broma! ¡Paso al Berro! ¡Y no estorbarle, porque haría alguna que fuese sonada!

Salían sin pagar el gasto, también por broma, y el tabernero no se quejaba, porque no era socio, y

tenía miedo de cobrar. Bajaban calle abajo, con aquella quietud, con aquel aspecto tranquilo; y si no pasaba ningún perro para estamparle en una puerta; si no encontraban ningún lechoncillo para regalárselo al Vianda; si no rompían el farol para hacer boca, hasta que llegaban á la otra taberna, no sucedía nada más digno de mención. Allí ya era diferente: allí había público, y el Berro quería lucirse; allí no tiraba copas; allí tiraba el mostrador, y le levantaba en el aire con toda la botellada y hasta con el tabernero, que á pesar de verse arruinado, aprobaba desde lo alto de aquel tablado ambulante, y aplaudía entusiasmado la fuerza y el *ingenio* de un parroquiano tan bruto; allí cogía un pellejo y se le echaba al hombro, y se le llevaba por las calles, con el tabernero detrás para que no se lo llevase la trampa; allí cogía á tres ó cuatro concurrentes, los levantaba á pulso, y, llevándolos á otra taberna, se marchaba la parroquia de un golpe, y también sin pagar, ni la parroquia, ni el Berro, ni todos los socios de número.

¡Dios nos dé para empezar el gasto!

Y seguían la broma. La Junta iba andando con el Presidente al *frente*, el Secretario muy tristón por no poder maniobrar, y el personal bien dispuesto, y llegaban al fielato, donde siempre había tertulia.

Aquí estamos. Desembarquen, y venga continuar la diversión. El primer paso que daba el Berro era coger uno de los pinchos y ver á quién se la daría. Si pasaban carros, muy bien; cogía un

carro y le tiraba á la cuneta; y si el carretero se quejaba, le tiraba á él; y si se quejaban las mulas, á ellas, y aquello parecía un ex-voto; si pasaba un forastero preguntando por el pueblo, le enviaban al pueblo de más abajo; si pasaban pellejos con el carretero dormido, pinchaba y hacía pellejos de riego, y el pueblo quedaba regado de vino, con gran algazara de los de consumos, que todo el día se estaban aburriendo sin más que oír al de la guitarra; pero si no pasaban ni carros, ni forasteros, ni consumos de broma, se llegaban á una masía cercana, despertaban á todo el mundo, diciendo que había fuego en la iglesia, hacían correr á los campesinos, trastornaban la casa, y con el escándalo y la alarma y el sobresalto, siempre se perdía algún cerdo, que había ido á apagar el fuego y no había sabido volver á casa.

Aquel puercito era el argumento para que al día siguiente pudiese el Vianda entrar en funciones.

Ese día el Comité se reunía en una fuente.

Era un paisaje de estos que escogen para merendar los romeros de San Mus, los señores de casas de baños y los tenderos poéticos: un paisaje con sombra de pinos como hongos, con su ración de musgo y sus huesos de chuletas ventureras, un paisaje de sentimiento popular; y allí, en medio del sentimiento, hacían el arroz, asaban el sujeto que había huído del incendio; y todos sentados en el suelo, si el Berro no estaba en funciones y no rompía la cazuela y no tiraba el cerdo al agua, era

hermoso, era sugestivo, era de belleza íntima ver maniobrar al Vianda.

De la primera broma se comía media cazuela de arroz; de la segunda, el que quedaba, y de la última, todo el que sobraba en los platos de los que no estaban tan de broma. Después, la ensalada, medio pan mojado, porque no le gustaban las hojas; después dos chuletas por barba y todas las demás para él, y después el animal asado, que no se lo comía todo: se comía medio, pero con mucho pan, y si le duraba la broma (que le duraba casi siempre), un pedacito de tocino, las orejas como golosina, los pies para hacer de limpia-garganta y alguna otra tontería, y ya no comía más. Un pedazo de torta, y vino con torta, y cuatro sopas de torta con un poco de mistela; y el que no tenga ganas que no compre. Es verdad que había veces en que había que hacer un esfuerzo, si se lo pedía el cabildo; pero el cabildo no lo pedía siempre; el cabildo disfrutaba viendo comer á su secretario, como un padre que ve abrirse el apetito á un hijo desganado; pero el cabildo tenía miedo, tenía miedo de que fuese demasiada broma, ya que el presidente por un lado, dándole por romper cazuelas, y el secretario por vaciarlas, eran aquellas unas comidas tan *emblemáticas*, que nunca podían decir los socios esta carne es mía hasta que la tenían consigo.

Serios siempre, se volvían al pueblo. La broma iba en baja. Ya habían cumplido. No se había

reído ninguno, ninguno había dicho un chiste, ninguno había cantado: todos habían estado dignos. Ellos eran los *templaos*, los de la pandilla, los serios, los brutos serios, y les estaba prohibido reír.

Cuando sentasen la cabeza, y la sentarían el día que les conviniese, podrían ser concejales, tener el fielato, hacer elecciones, hasta ser Alcaldes y hasta Jueces de paz en tiempo de paz, y guerreros en tiempo de guerra. Fuera del Vianda, que le arruinaría el comer, hasta podían hacer dinero. Otros más *indianos* que ellos habían tenido suerte; otros más tontos habían llegado á caciques; otros más bestias, enseñándoles una miaja, habían subido á los sillones presidenciales. La fortuna no escoge á los hombres. Ellos eran los más vivos del pueblo, los que no tenían conciencia y los más atrevidos; pues suyo y nada más que suyo, tenía que ser aquel pueblo.

EL CASINO DE LOS MODERADOS

Se podía llamar la Casa de la Prudencia.

La Casa de la Templanza.

La Casa de la Fortaleza por la templanza.

Era realmente un *foco* de buenas costumbres, una cueva de gente de bien, un *garito* de virtud y un burdel de honradez.

Allí cuidaban más el buen nombre, que la buena persona; preferían pecar á pasar por pecadores; virtujear en público, á honestear en privado; hacer más la vista gorda á los ojos de la conciencia, que al decir de la gente; tirar la piedra, á enseñar la mano, y, sobre todo, no comprometerse, no ser comprometidos ni estar enredados en compromisos.

El qué dirán les ponía los pelos de punta. Todo podía hacerse si no se daba escándalo; todo podía tolerarse en la oscuridad de una alcoba de vida íntima, mientras no saliese á la luz de la vida públi-

ca; todo podía decirse, pero con palabras correctas; todo podía estafarse en privado, cuidando de conservar el crédito. No ser visto, sobre todo, no ser *notado*; guardar las formas como el Narciso no guardó las suyas; que no se hablase de ellos, y si había de hablarse, que se hablase en voz baja, era toda la honradez que ambicionaban los socios.

Para que no pudiesen murmurar de dos en dos y estando todos delante no se pudiesen desacreditar unos á otros, habían fundado el Casino, y para hacerlo bien moderado, bien prudente y con las bases bien honestas, habían tardado medio año. Primero quisieron llamarle *círculo*, pero habían oído decir eso de círculo vicioso, y habían votado en contra por no alborotar lo del vicio; después un loco quería llamarle *club*, y los seis ó siete más dados á la letra supieron lo que quería decir y se quedaron espantados; después, uno, *esbart*, y nadie lo entendió; después Sociedad de Moderación, nombre que tuvo muchos votos en pro, y por fin, Casino Moderado, que si bien también era lugar público, ya llevaba la moderación consigo.

Los estatutos todavía dieron más que hacer. *Prohibido* hablar de religión y de política; *prohibido* nombrar *el ramo de negocios públicos, el ramo de higiene, el ramo de cultos*, todos los *ramos* que había en aquel bosque sin hojas; *prohibido* el juego *prohibido* y los libros reprobados; ídem el ser de la Junta los que ya no tuviesen estado; ídem decir palabras subversivas, atacar cosas establecidas

cuando las hubiesen establecido, remover ideas *madres*, pedir *peoras* para el pueblo y socavar los *cimientos de la obra sacrosanta labrada por nuestros mayores, así como de las tradiciones venerandas y legadas por la virtud y fe y creencias de nuestros antepasados.*

Allí, en la biblioteca, también tenían cuidado con las lecturas: *El eco de ayer, El eco de la abstincencia carnal, El eco del hogar escarnecido, El eco de la constancia en el bien.* El eco del eco, que todo llegase atenuado por medio de eso de los ecos; *La voz de la verdad oprimida*, la voz de la recolección del vino, la voz veterana, la voz de aquí, la voz de allá, todas las voces á media voz; el boletín agronómico, el boletín de la recolección espiritual, el boletín de los sobrinos de Santa Teresa, todos y aun más boletines, y una ilustración bien entendida, y dos calendarios, y aun algún otro libro, que hasta había algunos que los leían, pero que no los podían comentar por aquello de aquellos *prohibendos.*

Y entonces, ¿qué hacían en el Casino? Todo lo que no pudiese comprometerles. ¿De qué hablaban? ¡No se puede hablar de pocas cosas sin ofender y sin hacer mal á nadie! Hablaban, cuando se tomaban este trabajo, por ejemplo, de las viñas, pero hablaban con buena crianza; del ramo de *viticultura*, pero con tantos miramientos para el *viti* como para la *cultura*; del orden social, pero más del orden que de lo social, y hasta podían permitirse

insinuar alguna idea acerca de algunas sospechas, sobre si alguno de los gobernantes gobernaba con ciertos defectos, pero eso siempre en tono menor.

Después contaban cuentos morales, cuentos desbravados, cuentos de honestidad concentrada; y si por azar se les escapaba una frase ó una palabra de estructura sospechosa, se miraban de reojo y pedían perdón de la frase y de la mirada. Contaban cuentos maduros, que duraban dos ó tres días y que hacían muy buen dormir; algunos, que uno se los explicaba á otro y el otro se los volvía á explicar á él; algunos que á medio cuento no se acordaban cómo seguía, y los oyentes le tenían que acabar; y con todo y con ser tan sin malicia, y sin fécula, y sin sustancia ofensiva, acababan la sesión temiendo dar qué decir en el pueblo.

Pero así y todo no evitaban el qué decir. Cuando el pueblo no sabe, inventa. O si no, ¿qué hacían tanto tiempo allí dentro? ¿Por qué iban todos los días? ¿Qué cosa buena podían hacer allí hasta las tantas de la noche, y algunos días hasta las once? Qué, ¿no hubieran estado mejor en la cama—decían las propias—en lugar de echarse á perder la salud en aquel rincón de casota?—Algo malo debían hacer cuando no las dejaban entrar, á ellas, ¡los serafines con faldas! que tanto habrían animado el casino con el atractivo de su belleza y de su palabra franca.

Pero, ¡Madre de Dios de los tres rosales!, si algún día hubiese entrado alguna dama, ¡qué mare-

jada hubiese habido, qué gritos, qué terror en aquel estanque de agua turbia! Y no porque no les gustase el otro sexo, y no le tuviesen cierta inclinación; pero ¿qué diría el qué dirán, aquél terrible qué dirán, el fantasma espeluznante del qué dirán, que querían evitar, pero que tampoco evitaban?

Por él, nada más que por él, no podían manejarse con desahogo para no pasar por malas cabezas; no podían reír con franqueza para no pasar por calaveras; no podían sentarse en el suelo, ni podían andar en mangas de camisa, ni podían comer por la calle; no podían gritar, ni cantar, ni llorar, ni bostezar cuando el cuerpo se lo pedía, para no pasar por tontos; no podían hacer nada que no hiciese todo el mundo desde hace siglos, para no echar fama de simples; y tanto no querían ser simples, que unos por otros acababan por serlo todos; por ser simples en cuadrilla, sin movimiento, sin expresión y sin vida: fetos conservadores en conserva, pasta de *lata*, ensaimadas del día antes, pez sin sangre, calamares fofos, sin jugo ni sustancia; y llevando más que un alma fría, llevando un alma vacía, como un cajón de bizcochos.

Y tan fácil como les hubiera sido votar por unanimidad una libertad espontánea que les hubiese permitido maniobrar con franqueza de movimientos. Pero ellos no tenían libre el gesto; le tenían comprometido y se consideraban freno de todos los desbocamientos, tapia de concupiscencias y marco del cuadro del orden. Ellos eran los misio-

neros de la reglamentación, reglamentando las costumbres y haciendo entrar en los *prohibendos* todo lo que fuese espontaneo, todo lo que se saliese de los moldes, todo lo que fuese libre, y todo lo que ellos hubiesen hecho si se hubiesen atrevido a hacerlo.

Además, con tanta franqueza no hubiese existido el Casino. Aquel centro de moralidad provechosa habría perdido la parroquia. Tal como estaban los pueblos, creían necesario para el pueblo un refugio y baluarte de hipocresía para encerrar en él la gran vida privada; un local de propaganda pasiva, con algodón en rama fenicado en las puertas; un esparcimiento de concentración encogida, un escondrijo de apariencia pública, un convento de monástica seglar para encerrarse los unos a los otros, para tener secretos en común, y para detener todo lo detenible: tenían que protegerse, que ayudarse, que comunicarse la prudencia en comunidad para repartirse bien la culpa; tenían que volverse anónimos para no quedar comprometidos; habían de saberse las faltas para que todos tuviesen que perder, y tenían que ser el cercado, la pared, la muralla, la montaña, que detuviesen las invasiones forasteras que descarriaban las creencias.

Y cumplían, y os juro que se daban la gran maña en esto del cerrar. Allí no penetraba una idea sin pasar por veinte cedazos, sin dormirla, sin digerirla, sin esquilarla y sin dejarla despojada; un rayo de luz al que no le pusiesen cortinillas y cris-

tales esmerilados y estores; ni un hálito de vida nueva, sin pedirle la cédula, y el pasaporte y la bula, y licencia de vida, y ni un deseo de reforma, sin cortarle las alas, las piernas, las plumas y el pelo. El altar del estancamiento era su altar mayor, San Prudencio el amo, y el Casino era el banco de la obra, pero de la obra de no hacer obras, de la obra de detener las obras, de hipotecarlas y de echarles servidumbres encima.

Aquello era un presidio voluntario que se habían fabricado para encerrarse de por vida ellos y sus malos pensamientos. Allí la expansión era el demonio; la franqueza, el vicio; la espontaneidad, la locura; y no podían mover un brazo sin taparle con el compañero. Cuidar del huerto como frailes de la Trapa, criar gallinas sociales, tener braserillo por socio, era todo el desarreglo y desenfreno de los socios, y aun todo eso con orden, con gran prudencia, con tacto y cuidado de que no se divulgase por fuera.

Habían sufrido descalabros terribles por haber entre ellos boquirrotos. Un día el boticario, Presidente en jefe del Casino, se exaltó y tomó dos horchatas. Corrió el escándalo; lo supo todo el mundo, perdió un casamiento y la mitad de la parroquia, y los sus socios en tolerancia discutieron si estaba permitido el abuso tan ilícito de tan terrible bebida.

Votaron que no, é hicieron bien. ¡No se compra en casa de un vicioso! ¡No querían que nadie los

viere en casa de un desenfrenado! ¡No se le da la muchacha á un sér que tenga esta flaqueza!

¡Y qué flaqueza, caballeros! ¡Dios nos libre de tener en la familia un hombre dado á la horchata!

EL CLUB DE LOS EXALTADOS

Y ¡qué diferencia de estos socios á los de la moderación! ¡Cuán otros cabezas de familia! ¡Qué civismo para sacar adelante al pueblo!

¡Estos sí que tenían *miras* é iban para mártires, y se habrían jugado parte de la vida para poder encaminar el pueblo hacia las vías del progreso! ¡Aquellos eran hombres de idea! ¡Aquellos eran sacerdotes de la madre democracia!

¡Ya podían venir adelantos, que todos los habrían aceptado! No les daban miedo las luces del acetileno, ni las luces del siglo, ni el siglo de las luces. ¡Ya podía venir el telégrafo y sus variantes de alambre! ¡Que viniese deprisa, que le sabrían recibir, aunque no le supiesen manejar ni supiesen qué decir por él! ¡Ya aprenderían á razonar en pocas palabras, y se le daría hospedaje, y hasta triunfal, que ya era hora de que la *antorcha* de aquella civilización penetrase paternalmente hasta el fondo del *oscurantismo*!

Ellos eran progresivos: querían claridad, claridad por las noches, que de día harta tenían. Pedían los derechos del hombre para llegar á los derechos de la mujer, que todos habían de tener derechos. Esperaban que les diesen el pan de la libertad, y si no, se le tomarían, y de prisa, y acaso por las malas, y habría una revolución en el pueblo, que acaso á alguno le sentaría mal, y no se mirarían en estropear la finca que se presentase, y en romper todos los cristales.

Es claro que todavía no era hora, pero pronto lo sería, y ¡alerta!, que tenían la piedra á punto y la paciencia á dos puntos. ¡Buenos eran ellos! Ya trabajaban los domingos, ya se reunían, ya habían discutido seis capítulos del reglamento de destrucción, y ya conspiraban y todo.

Para reunirse en conspiración, el viejo del café de *La Esperanza* les había dejado un cuarto. Era un cuartito en que tenía los trastos viejos, las botellas vacías, las mesas rotas, las cartas descabaladas, el brasero y las guitarras rotas; pero para conspirar ya servía. Era un local escondido; tenía puerta y una mesa, y si bien no había apenas sillas, para lo que iban á hacer no se necesitan sillas. Entusiasmo, fe, fuego y luz necesitaban; convicciones con raíces y todo, creencias para el porvenir y serenidad para la lucha, y de eso tenían para dar y tomar, y casi era lo único que tenían.

Conspiraban de noche, como todos los conspiradores; y esperando aquella luz, por ahora andaban

á la sombra. Llegaban. Primero, uno bien embozado, aunque fuese verano, hacía ver que bebía, y... ¡zás!..., entraba al *conspiradero*; otro, silbando disimuladamente, tomaba una copa, miraba... y adentro; otro se iba derecho, valiente y cívico, y no quería ocultarse; alguno entraba de espaldas, cerrando tras de sí la puerta, á guisa de Comendador; y algunos, temblorosos, que eran los más de agradecer, porque con miedo y todo también iban.

Una vez todos dentro, cerraban bien, pero bien, las puertas, y... ¡andando, muchachos!, empece-mos á conspirar.

—¿De qué conspiraremos hoy?

—De lo que queráis.

—Hoy no hay asunto.

—Entonces dejémoslo para otro día—decía uno de aquellos temerosos.

—No, señor. ¿No hemos venido para conspirar? Pues á ello. Yo quería hablar mal del Gobierno.

—Habla.

—Yo quería decir que la propiedad es un robo.

—Cerrad bien las puertas.

—Que hoy me han robado el agua de mi propiedad, y que el Gobierno tiene la culpa, porque no da la libertad de hacerse cada uno la ley á su gusto. Yo soy liberal, ya lo sabéis; pero si yo fuese Gobierno, pondría tres presidios á cada regato de agua. Yo conspiro y pido que se conspire contra el Gobierno que padecemos.

—Ya se conspira—decía uno.—Para eso estamos aquí exponiendo nuestra reputación, nuestras familias y nuestra tranquilidad. El día del golpe se acerca, y nos encontraremos en él sin enterarnos, y tenemos que estar preparados.

—Ya lo estamos.

—Ya sé que lo estamos. ¿Somos ó no somos exaltados?

—¡Sí que lo somos!—respondían todos.

—Mal nos está el decirlo, pero es cierto. ¿Qué sería del pueblo sin nosotros? Un caos, como leí el otro día; un campo de *reacción triunfante*, un pozo de *oscurantismo*, un pueblo sin *aras de la razón*.

—¿Qué son aras?

—Ahora no es hora de decirlo. Estamos aquí para conspirar y no para discutir palabras.

—Pues aquí estamos—decía el otro.

—Aquí estamos.

—Yo creía—decía el primer conspirador—que habría que abolir la esclavitud y extender algunas mejoras que puede alcanzar la raza humana.

—A mí me parece—decía otro— que hay personas, que no quiero nombrar, porque una cosa es conspirar y otra ofender, que no tienen bastantes miramientos en el trato social.

—Y á mí, que no tenemos partidarios y que el clero no nos ayuda.

—Y yo digo, que no deben existir amos.

—Y yo, que sí, pero otros.

—Y, pues, yo, que hay que dar un limpión á la sociedad, al clero y á la nobleza. Un limpión de una vez.

—Tiene razón—decían todos—mirando el cuarto de los trastos viejos.

—Yo estoy por precipitarnos—decía el cabeza caliente.

—Pero con orden—decía el otro.—Seamos conspiradores de paz.

—¡Qué de paz! ¡Hechos, hechos!

—¿Y qué hechos queréis?

—¡Hechos! No sé los que quiero. ¡Hechos! A mí me gusta hablar claro.

—Según cuando, que á veces no se puede hablar—decía un prudente.

—¿No estamos aquí para hablar claro? Entonces, ¡hablemos!—decía el cabeza de trueno.

—Hablemos.

—¡Ya hace rato que estoy hablando!

Ninguno veía la claridad, pero fingían que sí, porque al gritar que ya hablaba claro, daba unos puñetazos en la mesa como si estuviese jugando al arrastro, y comprometía el secreto de sus compañeros de silencio.

—¡Calla!—gritaban todos.—¡Esa es demasiada exaltación! ¡Eso no es propio de una conspiración secreta!

—¡Claro, claro!—gritaba el de los hechos.

—Si quiere gritar, que grite; conforme: pero no en el acto.

—¡Claro, claro!

Todos:

—¡Qué claro ni espeso, que comprometéis la causa!

Para favorecer la causa, un viejo, que no había hablado, dijo:

—Yo hablaré claro. Para que haya orden en una cosa secreta, tiene que haber *uniformidad*. Aunque todos seamos iguales, todos tengamos las mismas miras, los mismos derechos y el mismo afán de destrucción, deberíamos nombrar un Presidente que dirigiese la venganza. Yo no digo que me nombréis á mí; pero si me nombráis, no os desairaría.

—¿Querría usted serlo?—decía el del claro.

—Yo no tengo un no.

—¿Le nombramos?

Todos:

—¡Nombrado!

El Presidente elegido:

—Gracias. Y ahora os mando que conspiréis más á menudo; os mando que me déis la razón; mando que me den libertad para ir desenvolviendo los planes que traigo; mando que todos estén á punto, que yo vaya al encuentro del peligro, y por hoy no mando más.

—Entonces, ¿ya podemos marcharnos?

—Creo que sí. Me parece que no hemos perdido el tiempo.

—Y, ¿hasta cuándo?

—Hasta el domingo. No faltéis, que tenemos que acabar de resolver los asuntos que hoy hemos dejado pendientes. El domingo habrá conspiración extraordinaria. Quiero inaugurar la presidencia conspirando aún más veces. Y cuidadito con lo que se habla. Hemos de ser tumbas; y que no nos pierda la exaltación.

Dicho esto, y recomendando de uno en uno el silencio más riguroso, iban saliendo por grupos del cuarto de los trastos viejos. El uno iba hacia arriba, el otro hacia abajo, el otro de través, para no dar sospechas en el pueblo.

Cada uno de ellos encontraba á un amigo y le decía:

—Si no dices nada á nadie, te diré de dónde vengo.

—De conspirar—decía el amigo.

—¡Justo! Pero, por Dios, ¡no me comprometas! Hoy hemos quedado en que habíamos de ser una tumba.

—Por mí, eres tan tumba como si no me hubieses dicho nada.

El amigo del tumba se lo decía á otro; el otro á otro, y al día siguiente todos eran tumbas, y todo el pueblo era un cementerio.

Si alguien no sabía el complot, el conspirador se enfadaba y decía:

—¡Parece imposible lo que pasa! Ni teniendo las tan escondidas se pueden nuestras conspiraciones divulgar por el pueblo.